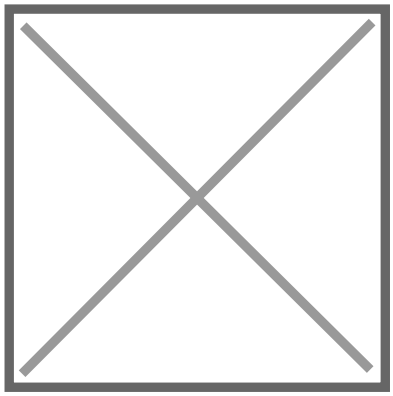

El fin del apocalipsis

ESCRIBE
Jorge Edwards

Durante el reciente encuentro en México de intelectuales de las dos Europas y de América Latina, los anfitriones nos llevaron una mañana a visitar el centro de la ciudad, la plaza del Zócalo, y nos mostraron, como se acostumbra con los turistas, las pinturas murales de Diego Rivera en el Palacio Nacional, también conocido como Palacio de Moctezuma, a pesar de ser ejemplo de la más pura arquitectura colonial, neoclásica, española. Tal como era de prever, dada la tendencia del encuentro, las reacciones frente a esos murales, expresiones del americanismo de los años treinta y cuarenta, fueron reticentes y variadas. Oscilaron entre una tolerancia benigna y el franco rechazo. Lucio Colleti, filósofo, ex marxista, aficionado a la pintura, encontró que tenían calidad estética, a pesar de lo anacrónico de su mensaje: reivindicación idealizadora de la cultura precolombina, rechazo apasionado de la conquista. Otros, en cambio, contemplaron los murales con franca irritación: "¿Estamos condenados a seguir soportando estas cosas, estos atentados contra el buen gusto?"

Yo aprecié de nuevo la belleza de la pintura, la armonía de colores y de formas, la amplitud y la profundidad espacial, que no dejan de ser impresionantes, pero sentí que el mensaje, la visión maniquea de la conquista —los indios puros y laboriosos, los españoles torvos, torturadores—, había pasado a ser francamente difícil de aguantar. No hay, por ejemplo, ni la más mínima alusión a los sacrificios humanos. Hernán Cortés se habría encontrado con las utopías del Renacimiento convertidas en ciudades, en edificios, templos, plazas y avenidas impecables, rodeados por el agua y por los volcanes de Anáhuac, y los habría destruido a sangre y fuego, en nombre de la religión católica.

Es interesante constatar que en estos días se lee en México una nueva biografía de Hernán Cortés, obra del notable historiador y ensayista José Luis Martínez, y que ese texto es una profunda revisión de la negativa idea, tradicional en México, del conquistador, una equilibrada reivindicación del personaje.

Regresé a Chile y encontré en mi escritorio un libro recién salido de la imprenta: la edición crítica, publicada por Cátedra, de Madrid, del **Canto general** de Pablo Neruda, prologada y anotada por Enrico Mario Santí, crítico de origen cubano y que trabaja en los Estados Unidos en la Universidad de California. Era una coincidencia curiosa, puesto que **Canto general** equivale, en literatura, al muralismo mexicano. Es más o menos de la misma época, fue escrito a partir de la experiencia de Neruda en México y de su convivencia con los grandes pintores de allá, sobre todo Diego Rivera y David Alfaro Siqueiros, y tiene la misma ambición, la misma vastedad, la misma intención americanista, la misma concepción revolucionaria de la conquista y de la historia más reciente. Pues bien, el prólogo de Enrico Santí, como la biografía de Cortés por José Luis Martínez, aunque en menor escala, supone una revisión crítica importante.

Santí deja ver a cada rato su admiración literaria por **Canto general** en conjunto, en su intención enciclopédica, que explica con argumentos originales, novedosos, pero sitúa el libro en su momento, en su época ya desaparecida, con la debida distancia. Neruda consideró siempre, incluso en sus años finales, que era su libro más importante, y Santí nos dice, o más bien nos sugiere con sutileza, que el poeta quiso escribir "el Libro", esto es, algo parecido a una biblia americana, una biblia que debía abarcar la naturaleza y la historia. Como la Biblia misma, explica Santí, el **Canto general** comienza con el Génesis, y aunque no termina con el Apocalipsis, lo anuncia a cada paso. La primera sección, "La lámpara en la tierra", es sin ninguna duda un génesis continental, que muestra la naturaleza primigenia antes de la llegada de los hombres, o por lo menos, de los hombres blancos, cuya culpa consiste, de algún modo, en haberse divorciado de la naturaleza: "Antes de la peluca y la casaca/ fueron los ríos, ríos arteriales..." La descripción poética de los animales, antes de la aparición del hombre depredador, pertenece a lo mejor de la poesía nerudiana: "el hormiguero monacal", "el guanaco fino como el oxígeno"; "los ilustres loros"; los monos, que "trenzabas un hilo/ interminablemente erótico/ en las riberas de la aurora..."

El Apocalipsis al que se refiere Santí es, claro está, un Apocalipsis marxista: el de la revolución triunfante y la implantación del paraíso comunista en la Tierra. Neruda no lo describe. No hace un texto a la manera de San Juan, o a la manera de un clásico chileno de la Colonia, el padre Manuel Lacunza, pero manifiesta en más de alguna estrofa su fe en ese advenimiento. En el mundo incrédulo de estos días, y sobre todo después del derrumbe estrepitoso de los socialismos reales, esa fe ha hecho crisis. El encuentro de México era el reflejo de esa crisis en la conciencia de los intelectuales. El muralismo mexicano, así como la poesía de **Canto general** no pasaron a la historia, como se dice en Chile en forma peyorativa, puesto que mantienen un sentido y una vigencia estética, pero entraron en la historia y forman parte, ahora, de nuestro pasado.

La pregunta que surge en este momento, por lo menos para mí, es si la historia es cíclica, si tiende a repetirse, o si ese pasado en el que ingresó la creación de un Diego Rivera o la del Neruda épico es irrevocable. De repente nos encontramos empeñados en hacer la defensa de nuestra economía, de nuestra gente, de nuestros derechos más elementales, frente a la indiferencia de Occidente o a su hipocresía paternalista, y sentimos que todo va a comenzar de nuevo. ¡Qué sensación, me digo, más abrumadora y más agotadora!

El fin del apocalipsis [artículo] Jorge Edwards.

Libros y documentos

AUTORÍA

Edwards, Jorge, 1931-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1990

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

El fin del apocalipsis [artículo] Jorge Edwards. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

Biblioteca Nacional Digital

INSTITUCIÓN

Biblioteca Nacional

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile